

Sección internacional

CANADÁ

El difícil retorno a "un mundo feliz"

No existe la felicidad completa. Eso ya se sabe.

Como las jóvenes parejas que lo tienen todo y terminan en un amargo divorcio, la familia canadiense se enfrenta a fuertes discusiones sobre el federalismo —incluyendo la posibilidad de que Quebec ponga casa aparte— a pesar de que parece tenerlo todo para ser feliz. Sus problemas económi-

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.N.C., sino en los casos en que así se manifieste.

cos (déficit fiscal, inflación, menor ritmo de crecimiento, asignación de los recursos federales) y sus dificultades sociales (débil identidad nacional, reforma constitucional) se ven menores desde fuera, especialmente desde la óptica de un observador tercermundista hecho a la catástrofe. Son, sin embargo, de magnitud suficiente como para amenazar con una secesión que "podrá ser más civilizada" que la ocurrida en Yugoslavia, pero que "afectaría a mucha más gente y a una economía de mayor tamaño". La ruptura de Canadá "está lejos de ser impenable", señala el semanario británico *The Economist*. Por el contrario, de no conjurarse antes del otoño de 1992, podría convertirse en una más de esas cuestiones que, en este mundo de los noventa, pasan de ilusión a realidad de un día para el otro.¹

Canadá parece no encontrar todavía la fórmula para enlazar su gran riqueza natu-

ral y humana en una sociedad cuyo concepto nacional esté por encima de la diversidad provincial. Es el segundo país más extenso del mundo, con una gran dotación de recursos naturales y tierra cultivable que, aunque poca en términos relativos, es de la mejor calidad. Tiene también una base industrial madura y diversificada. La presencia canadiense en el comercio internacional es de las más intensas: ocupa el séptimo lugar mundial. El país figura entre los más ricos del planeta. Y si a eso se agrega un sistema democrático de gran tradición, una sociedad multiétnica y pluricultural tolerante, una muy baja densidad de población, con alto nivel educativo, y uno de los sistemas de protección social más avanzados del mundo, se tiene una fórmula que parece ideal para volver a *un mundo feliz*.

Ésa es, por lo menos, una de las ideas que se han tenido de Canadá. Sin embargo, bajo las bucólicas imágenes de tarjeta postal —con los grandes valles de trigo, con las inmensas lagunas, con el arce y con el

1. "Brian Mulroney's Light Brigade", en *The Economist*, 21 de septiembre de 1991.

kiwi— se mueve una sociedad llena de contradicciones y una economía que apenas sale de una fuerte recesión que algunos califican de letargo temporal y que, para otros, augura el próximo fin del Estado protector.

“Por mucho tiempo, el resto del mundo ha visto a Canadá como un país placentero, pacífico y adormilado: su estabilidad, su riqueza y, por supuesto, esas magníficas montañas. Sin embargo, muchos canadienses contarían una historia muy diferente: el país se está deshaciendo y la economía se sacude; el Gobierno federal se enfrenta a un gran déficit y es blanco de fuertes críticas [...] y el dólar canadiense sigue cuesta abajo.”² En esta nota se resumen las principales características de la sociedad y la economía canadiense; se reseña la coyuntura de la recesión y la reforma constitucional, y se presentan las perspectivas de la nación del arce a corto y mediano plazos.

Aspectos generales

Canadá es una monarquía federal compuesta por diez provincias (Alberta, Columbia Británica, Manitoba, Nueva Brunswick, Newfoundland, Nueva Escocia, Ontario, Isla del Príncipe Eduardo, Quebec y Saskatchewan) y los territorios del Yukón y del Noroeste. Ocupa casi la mitad de la parte norte del continente americano, con un total de casi 10 millones de km². El uso del suelo es de lo más variado: sólo 7.3% se dedica a la agricultura, 33.9% son bosques y el resto tiene otras características (principalmente las montañas y los grandes valles helados).

La extensión territorial y la variedad de climas y paisajes es impresionante. Hacia el sur, Canadá comparte 8 892 km de frontera con Estados Unidos. Hacia el norte, las islas del Ártico terminan a 800 km del Polo, después del cual, a una distancia casi similar, comienza el territorio de la Unión Soviética; hacia el este limita con el Océano Atlántico y hacia el oeste con el Pacífico. Si se considera la del Océano Ártico, Canadá posee la línea costera más grande del mundo. Tiene seis husos horarios, por lo que en algunas ciudades se puede circular por la calle a las 21 o 22 horas con perfecta luz del día de verano. A los días largos, no obstante, siguen noches de invierno de igual extensión, porque así es la vida.

2. “Canada Looks South”, suplemento de la revista *Euromoney*, julio de 1990.

Canadá tiene una población estimada de 26.25 millones de habitantes (0.5% de la mundial en 1990), con 7.4% del territorio del planeta, lo que le da una de las densidades demográficas (27 personas por cada mil hectáreas) más bajas del mundo. No obstante, este indicador es engañoso, puesto que existen vastos territorios prácticamente vírgenes y una gran cantidad de la población se concentra en el llamado escudo canadiense, que comprende las provincias de Quebec y Ontario. Las principales ciudades son Toronto (3.6 millones), Montreal (2.9 millones), Vancouver (1.4 millones) Ottawa-Hull (0.8 millones), Edmonton (0.78 millones), Calgary (0.83 millones), Winnipeg (0.63 millones) y Quebec (0.63 millones).

La economía canadiense está entre las más ricas, diversificadas y equitativas del mundo. Plenamente integrada al mercado mundial de mercancías y de capitales —donde ocupa un honroso séptimo lugar—, es productora de gran cantidad de materias primas y bienes intermedios; asimismo, participa en el mercado de bienes muy elaborados, servicios y tecnología de punta. Su distribución del ingreso y su sistema de protección social (seguro de desempleo, servicio médico, educación y seguridad social), la hacen también una de las menos desiguales. El concepto de pobreza, tal como lo conocemos en términos absolutos, es prácticamente inexistente.³

La mayoría de la población es urbana (20.2 millones) y la esperanza de vida está entre las más altas del mundo: un promedio de 76.7 años, 73.3 para los hombres y 80.3 para las mujeres. El sistema de protección social es muy completo: entre el Gobierno federal, los gobiernos provinciales y otras entidades privadas, se gasta 8.6% del PNB en salud. Otro renglón importante del gasto es la educación, a la que se destina alrededor de 7.1% del PNB. Los sistemas al respecto varían mucho entre las provincias; sin embargo, la enseñanza hasta la secundaria es gratuita por disposición federal. En Quebec son también gratuitas la escuela vocacional y algunas carreras técnicas. Los programas de protección social difieren mucho entre las provincias. En total se gastan más de 95 000 millones de dólares por conceptos tales como programas de asistencia, seguros de desempleo, subsidios personales y otras formas de protec-

3. *Facts Canada*, Ministry of External Affairs and International Trade, Canadá, 1991.

ción. Este sistema es muchas veces una pesadilla para los encargados de las finanzas, pero es motivo de orgullo para el pueblo. “Los canadienses tienen una conciencia social, se preocupan por la comunidad. Nuestro programa médico cubre a todos, ricos, pobres, sin importar su color de piel ni nada. Todos están protegidos y nos gusta que sea así. Esto es muy caro.”⁴

Canadá tiene grandes problemas demográficos, pero en sentido inverso a los que padece la mayoría de las naciones en desarrollo: no tiene exceso, sino carencia. Necesita pobladores; la tasa de reproducción natural es insuficiente. Aunque hay serias polémicas sobre los beneficios o los daños de la inmigración en la economía, el flujo de inmigrantes ha sido siempre importante en la conformación de la sociedad.⁵ Ha cambiado, no obstante, la composición étnica de esas nuevas caras que buscan en Canadá una tierra de oportunidades. En 1960, la mayor parte de la inmigración provenía de Italia (19.9%) y el Reino Unido (18.8%); en 1970, del Reino Unido (17.9%) y de Estados Unidos (16.5%); en 1980, de Vietnam (17.8%) y el Reino Unido (12.7%), y en 1989 de Hong Kong (10.5%) y Polonia (8.4%). Se calcula que en 1986 aproximadamente 16% de los 25 millones de canadienses eran inmigrantes.

El PNB es de 652 000 millones de dólares: agricultura, 3.2%; industria, 35.5%, y servicios, 61.3%. El producto por habitante es el tercero más grande entre las naciones industrializadas (24 845 dólares), superado sólo por los de Japón (27 119) y Estados Unidos (24 846).⁶

La canadiense es una economía con fuerte orientación hacia el mercado mundial. Exporta aproximadamente 26% de su PNB. El principal receptor de bienes es Estados Unidos, donde se concentran dos tercios de sus exportaciones. En 1989 Canadá era el séptimo exportador mundial y el segundo entre las naciones industrializadas en términos de exportaciones por habitante: 6 200 dólares, frente a 8 000 dólares de la RFA.

4. “Canadá: una carta sin destino” en *Mira*, núm. 65, México, 20 de mayo de 1991.

5. *New Faces in the Crowd, Economic and Social Impacts of Immigration*, Economic Council of Canada, s.l., 1991.

6. *Canada, 1991. An International Business Comparison*, Prospectus Publications Ltd, Ottawa, 1990.

¿Qué es un canadiense?

El principal problema de Canadá es precisamente mantener su unidad como tal. En un momento en que lo predominante en el mundo son los movimientos centrífugos, el reavivamiento de los ánimos secesionistas y el realce de las características étnicas y las peculiaridades grupales por encima de los aspectos abstractos del Estado-Nación, Canadá tiene una larga historia que contar al respecto.

Poblado originalmente por los indios inuit (llamados eskimales por los europeos), Canadá se formó con la amalgama de dos culturas (la inglesa y la francesa) que nunca lograron fundirse. Esa mezcla se enriqueció con el aporte de los grupos indígenas y el de diversas olas de inmigrantes, pero los canadienses se han enfrentado a gran cantidad de problemas para definir sus características como nación. Una de las preguntas más difíciles que se les puede hacer es precisamente ¿qué significa ser canadiense?

A pesar de que es una vieja historia, en fechas recientes el conflicto ha tomado aspectos novedosos: la reforma constitucional más importante desde 1982, no sólo en términos del federalismo, sino con redefiniciones del sistema jurídico, las cuestiones fiscales y la misma estructura de gobierno. La discusión abarca desde el reparto de las participaciones federales hasta la estructura y las atribuciones del Gobierno central, pasando por la eterna cuestión de Quebec.

La relación de Quebec con el Resto de Canadá (ROC, *Rest of Canada*, se le denomina en algunos documentos oficiales de Quebec) siempre ha sido problemática. El conflicto tiene viejas raíces. Son muchos los esfuerzos que se han hecho para resolver la difícil integración nacional de dos comunidades con lenguaje, cultura y tradiciones muy diferentes. La Comisión Real sobre Bilingüismo y Biculturalismo (1963) y el Grupo de Trabajo sobre Unidad Canadiense (1978) elaboraron un diagnóstico al respecto y propusieron soluciones que después fue imposible poner en práctica por la falta de consenso político. En términos generales los problemas se refieren a la expresión constitucional de las diferencias y al establecimiento de mecanismos de protección de los derechos de cada uno de los grupos. Estos conflictos, que en apariencia son meras cuestiones formales, se han exacerbado a lo largo de más de 25 años de discusiones constitucionales infructuosas, mismas que han convertido el asunto en un

tópico de referencia política obligada y un motivo de polarización de los ánimos.

Con el primer ministro Pierre Trudeau Canadá obtuvo en 1982 su primera Constitución formal. En ese documento (primero en el que se rompen los lazos formales que aún existían con Inglaterra) volvió a aparecer el germen de la desunión, puesto que Quebec nunca quedó satisfecha con el texto. Se insistía en la necesidad de que se especificara su carácter de "sociedad distinta", razón por la cual la Asamblea Nacional de Quebec no aprobó el documento, adoptado por mayoría en las demás provincias.

En las elecciones generales de 1984 el Partido Conservador Progresista ganó el mayor número de asientos legislativos en la historia de Canadá y su líder, Brian Mulroney, fue electo primer ministro. El cambio de gobierno trajo a un nuevo equipo con el firme propósito de negociar el regreso de Quebec al redil y satisfacer las demandas de las demás provincias. Después de intensas y prolongadas negociaciones, el resultado fue el acuerdo de Meech Lake, en 1987, en el cual efectivamente se incluía la distinción buscada por Quebec, con el fin de que firmara como adherente a la Constitución de 1982; el acuerdo, sin embargo, sufrió un colapso final en junio de 1990.

Por sus características de acuerdo especial, el de Meech Lake debía pasar por la aprobación de todas las provincias, aduana en la que finalmente se quedó atorado en medio de una tormenta de opiniones negativas. El acuerdo fue criticado desde los más diversos ángulos: para los separatistas, la distinción fue insuficiente; para los federalistas, el acuerdo cedía demasiado poder a las provincias y tenía un germen de inestabilidad permanente; para otras provincias de habla inglesa, se daba un trato privilegiado a Quebec; para la población indígena, si se anotaba el carácter distintivo de Quebec, lo mismo debía hacerse con sus comunidades.

El acuerdo de Meech Lake fue un desastre. No sólo no logró renovar el pacto federal y traer la estabilidad nacional buscada, sino que produjo resultados secundarios inesperados: las discusiones que provocó hicieron que los ánimos se encendieran y las actitudes separatistas tomaran dos nuevos rumbos.

El propio representante de Quebec en el gobierno de Mulroney, Lucien Bouchard,

encabezó esa nueva ola de descontento. Inmediatamente después del fracaso del acuerdo que él negoció, renunció al Partido Conservador y formó el Bloc Québécois, que capitalizó parte de los ánimos separatistas y en la actualidad tiene nueve miembros en el Parlamento. Nuevos desprendimientos del Partido Conservador y posibles adhesiones al Bloc Québécois podrían llevar a cuestionar la mayoría parlamentaria de Mulroney.

El fracaso de Meech Lake también condujo a una nueva situación formal. La Asamblea Nacional de Quebec nombró a una comisión especial encargada de revisar la situación política y el futuro constitucional de la comunidad. El 27 de marzo de 1991 la Comisión, encabezada por Michel Bélanger, presentó a la Asamblea el informe de sus actividades y sus conclusiones. Una cosa clara, señala el texto, es que la mayoría de los habitantes de Quebec rechaza el estado actual de las cosas. "En los sesenta Quebec se hizo cargo de su propio desarrollo y reafirmó sus rasgos únicos. Desde entonces ha demandado el reconocimiento legal y político de ese estatus especial y una revisión a fondo de los arreglos constitucionales."⁷

En consecuencia, se recomienda que se realice "un referéndum respecto de la soberanía de Quebec, ya sea entre el 8 y el 22 de junio o entre el 12 y el 26 de octubre de 1992". En caso de que los resultados así lo indiquen, "Quebec adquirirá el estatus de Estado soberano un año después, contado día por día, de la fecha del referéndum".⁸

Meech Lake y las consecuencias que se derivaron de su fracaso trajeron el inicio de una carrera contra el tiempo. La posibilidad real de que la secesión se produjera catalizó una profunda revisión del federalismo constitucional canadiense. El Gobierno comenzó entonces la búsqueda de un nuevo pacto que ofrezca estabilidad durante un tiempo razonable y le permita recuperar popularidad entre una población cada vez más escéptica (una encuesta de opinión en septiembre pasado, concedía al gobierno de Mulroney una aceptación de 17%, la más baja en muchos años).⁹

7. *The Political and Constitutional Future of Quebec*, informe de la comisión especial de la Asamblea Nacional sobre el futuro político y constitucional de Quebec, marzo de 1991, p. 12.

8. *Ibid.*

9. *Excélsior*, México, 26 de septiembre de 1991.

Las autoridades de Quebec, por su parte, se encuentran también contra la pared. No pueden dar marcha atrás a la convocatoria de referéndum, a menos que se reforme la Constitución en términos tales que se consideren satisfechas sus demandas. De otra manera, tendrán que enfrentarse a una votación que en ninguna de sus perspectivas tendrá efectos positivos: aun cuando se pronuncie mayoritariamente por el mantenimiento de la unión, como es el pronóstico, se abrirían mayores brechas en la confianza de la población de Quebec y se generaría resentimiento en el resto de los canadienses, quienes podrían tomar como ofensa que cierto porcentaje de la población de Quebec haya votado por separarse; y cabe la posibilidad de que en el referéndum se opte por la soberanía de Quebec, lo que conduciría a un proceso completamente novedoso.

El resto de las provincias espera sacar lo más posible de la restructuración federal y que terminen las amenazas secesionistas. La población general posiblemente espere un renovado pacto federal que le permita por fin tener una noción de ciudadanía por encima de las distinciones provinciales y sin riesgos constantes de separación. Se busca, en suma, el equilibrio entre "un Gobierno federal fuerte y con capacidad de resolución" con una política de descentralización y control provincial en otras áreas, de forma que se mantenga la unidad en la diversidad.¹⁰

Los viejos debates

El debate constitucional tuvo una virtud: desplazó de las primeras planas de los diarios a otros asuntos. Los problemas económicos y otros temas comerciales pasaron a un relativo segundo plano. Muy ocupados en debatir las cuestiones federales, los canadienses olvidaron por un momento las viejas discusiones sobre la recesión, el déficit fiscal y la inflación, y sólo marginalmente se ocuparon del nuevo pacto comercial que se propuso para la región de América del Norte (salvo en aspectos especialmente delicados para la sociedad canadiense, como los referentes a la "industria cultural").

En el Museo Nacional de las Culturas (un soberbio edificio modernista a orillas del Canal Rideau, en Ottawa) las autoridades

canadienses organizaron el pasado junio una exposición de dibujos infantiles alusivos a los principales problemas canadienses: por inmensa mayoría la preocupación número uno de los párvulos fue la posibilidad de que Quebec se desprendiera de la Unión. La educación, la cultura y el impuesto al valor agregado (el flamante Goods and Services Tax, GST) ocuparon los lugares inmediatos.

La preocupación económica, con todo, siguió teniendo un lugar importante entre los asuntos del orden del día. En 1984 el Gobierno comenzó un proceso de reforma económica tendiente a estabilizar las variables fiscales y monetarias, disminuir las presiones inflacionarias y corregir diversos desequilibrios estructurales. "Desde 1984 el Gobierno ha dado pasos importantes para mejorar el comportamiento económico del país. Las medidas incluyen una reforma en el mercado de energía (en junio pasado se puso en venta la empresa estatal petrolera Petrocanada), la liberación del comercio internacional (principalmente mediante negociaciones con el GATT y el acuerdo de libre comercio con Estados Unidos), la reforma fiscal, la privatización y otras medidas desregulatorias".¹¹

Los principales objetivos de las reformas fueron la reducción del déficit fiscal, la eliminación de las presiones inflacionarias y la disminución del desequilibrio externo. En cada uno de estos terrenos se obtuvieron diversos resultados.

El desequilibrio fiscal ha sido una preocupación constante del Gobierno canadiense, especialmente en los últimos diez años. Con una carga pesada en gastos sociales y un sistema complejo de subsidios federales y locales, ha sido difícil equilibrar las finanzas.

Durante la década de los setenta, el déficit presupuestario de Canadá promedió 2.8% del PIB. Sin embargo, en el presupuesto de 1984-1985 el déficit alcanzó un máximo de casi 9% del producto. Las presiones inflacionarias hicieron que se iniciara un severo programa de austeridad gubernamental. Las medidas al respecto han rendido frutos parciales. En el presupuesto de 1986-1987 el déficit presupuestario bajó a poco más de 6% del PIB y en los años subsiguientes la disminución del déficit conti-

nuó, pero en ningún momento se llegó a la tasa promedio del decenio anterior.

La dinámica de crecimiento en los últimos años ha tenido fuertes variaciones. De 1984 a 1988 el PNB tuvo un crecimiento promedio anual de 4.7% (el más alto entre las naciones integrantes de la OCDE). Posteriormente el ritmo amainó, pero en 1989 se mantuvo todavía la tendencia expansionista. El PNB creció 2.5 en relación con el año anterior, una tasa menor que la media.

Desde el segundo trimestre de 1990 la economía canadiense entró en recesión. De esa fecha al primer trimestre de 1991 el producto tuvo una caída de 2.75%, en términos reales. Hay plena conciencia de que la caída económica es "una de las más severas de la posguerra, solamente eclipsada por la de 1981-1982", en la cual la baja del producto llegó a 4.75% en el período.¹² En cambio, los expertos —incluso dentro del gobierno— mantienen opiniones divididas respecto del origen de la misma. Para un grupo de economistas, el ritmo lento de la economía tiene un doble origen: coyuntural y de restructuración. En su primera porción, la tendencia recesiva tendría origen en un movimiento cíclico de los consumidores, que saturaron el mercado a finales de los ochenta y tomaron un respiro para renovar en el futuro el parque de artículos de consumo duradero. La segunda vertiente se explicaría por la necesidad de las industrias de punta de renovar la planta para enfrentar la eliminación de aranceles en la frontera con Estados Unidos, razón por la cual una acumulación previa del capital de inversión haría necesario disminuir el ritmo económico.

La interpretación de otro grupo de economistas —más acorde con las teorías en boga en prácticamente todo el mundo— señala que la recesión es sólo un indicador del agotamiento del estilo de crecimiento económico canadiense. La eliminación del costoso Estado de bienestar (ente en retroceso en todo el mundo) es la única forma —en esta visión— de que Canadá mantenga un sistema productivo con competitividad internacional.

El diagnóstico de la recesión tiene que ver, obviamente, con las perspectivas de la recuperación. Un sector importante de analistas prevé una rápida recuperación para principios de 1992, en lo que sería el inicio de un nuevo período expansivo. "En

10. "Sound Proposals on Canada's Future", en *The Financial Post*, Canadá, 12 de junio de 1991.

11. "Canada 1988-1989", en *OECD Economic Surveys*, OECD, París, 1988, p. 9.

12. "Canada 1990-1991", en *OECD Economic Surveys*, OECD, París, 1991.

el cuarto trimestre de 1990 la recesión, alcanzó los niveles de 1981-1982 y todos los indicadores apuntan a una caída aún más profunda en el primer trimestre de 1991. El deterioro del panorama desde el análisis anterior es resultado principalmente de dos factores: un comportamiento del sector exportador más débil que lo esperado y los cortes en los inventarios que las empresas han realizado para mantener una sana relación entre éstos y el volumen de ventas. Aun así, el crecimiento económico se reanuda en los meses de verano, impulsado por una combinación de tasas de interés más bajas, reconstrucción de los inventarios y reactivación de la economía estadounidense.¹³

La difícil tarea de construir el futuro

El Gobierno trató de dar respuesta tanto a las preocupaciones sobre el federalismo, como a los problemas económicos en un documento que presentó ante el Parlamento el 24 de septiembre. En esa fecha el Primer Ministro, Brian Mulroney, hizo una propuesta que fue considerada por *The New York Times* como la "más completa revisión constitucional desde el nacimiento de la nación en 1867". En su presentación ante la Cámara de los Comunes, Mulroney señaló: "Renovar es lo que los canadienses buscamos por doquier para nuestro país. No la confrontación, ni la división, ni la ruptura."¹⁴

El documento gubernamental, titulado *Shaping Canada's Future Together*, proclama el realce de la identidad central canadiense y el fortalecimiento de los lazos económicos interprovinciales. Entre las medidas concretas, la propuesta incluye —al igual que el acuerdo de Meech Lake— el reconocimiento de Quebec como una "sociedad distinta" por el uso del idioma francés y su Código Civil (también conocido como Código Napoleónico). Se consideran también dos medidas que cambiarán el panorama económico y la constitución del Gobierno canadiense. La primera es la reducción de las barreras del comercio interprovincial, medida que tiene por objetivo eliminar la absurda situación actual en la que una cerveza de Toronto no puede venderse en Vancouver o es imposible usar la-

drillos de Quebec para construir una casa en Ontario. La segunda medida es una demanda largamente buscada por los canadienses de habla inglesa: la constitución de un Senado electo que, a la manera de su similar estadounidense, tenga facultades para vetar legislaciones y confirmar los nombramientos en determinados puestos federales.

A diferencia del acuerdo de Meech Lake, el buen éxito de la nueva propuesta requiere que se cumplan los requisitos de cualquier modificación constitucional: la aprobación del Parlamento y la adopción en dos tercios de las provincias (siete de diez) con por lo menos 50% de los votos. Al margen del aspecto formal, sin embargo, para que la reforma tenga sentido se requiere la aprobación del mayor número posible de las provincias, incluida desde luego la de Quebec.

Las primeras reacciones al nuevo plan de reformas constitucionales fueron entusiastas, aunque llenas de precaución. En los días siguientes al anuncio, cada una de las partes expresó las posturas tradicionales: para los separatistas, las propuestas son "peligrosas para Quebec"; el Partido Liberal criticó muchos de sus aspectos, y el líder del nuevo —y creciente— Partido Reformista, dijo: "Hay todavía mucho por hacer".

Ciertamente, la presentación del plan es apenas el primer paso de un largo recorrido. Es probable que las objeciones iniciales no sean más que la primera medición de fuerzas en el proceso de negociaciones que con seguridad se abrirá e implicará diversas modificaciones a la propuesta original. El paso siguiente será la consulta que un comité especial del Parlamento hará a lo largo de todo el país, luego de lo cual rendirá un informe al respecto. Se espera que los primeros resultados se tengan el próximo febrero y que antes del otoño la reforma pueda ser aprobada.

Entre problemas que a otros ojos pueden parecer menores, Canadá está —efectivamente— construyendo su futuro. En materia social, el desafío principal es mantener un Gobierno central fuerte que pueda gobernar sin constantes sobresaltos, y sin que se pasen por alto los derechos y las diferencias culturales de ninguna de las provincias. En el terreno económico el reto es renovar el aparato productivo para que esté a la altura de la competitividad internacional, sin que ello signifique dismantelar un sistema de protección social que es or-

gullo canadiense y ejemplo de quienes en el mundo todavía ponen al ser humano por encima del mercado. Numerosas reformas económicas, discusiones sobre el federalismo, complicados arreglos comerciales y propuestas de cambio en la estructura misma de gobierno: movimientos que sentarán las bases para lo que será en el año 2000. Cuestión nada trivial la que está en la agenda. Duras encrucijadas las que se han de enfrentar en las próximas semanas. Especialmente porque, es sabido, no hay país que tenga más potencial para el futuro y que, al mismo tiempo, vea tan incierto el presente.

Aunque quién sabe, probablemente todo dependa del color del cristal con que se mire. Es necesario recordar que Canadá no es un país que uno analice, decía un famoso escritor. Canadá es un país que uno ama y por el que uno se preocupa. Un país al que uno le pone con angustia todos los días el termómetro, sólo para comprobar que la temperatura sigue dentro de lo normal. Se han repetido hasta el cansancio historias diversas sobre la forma en que el particular mundo canadiense distorsiona la gravedad de las cosas: "Me gusta especialmente la anécdota de lo ocurrido en Ottawa en 1950, cuando el ministro de Hacienda del gobierno laborista británico, Hugh Gaitskell, visitó Canadá. En esa época su colega canadiense Douglas Abbott se hallaba acosado por numerosos problemas típicamente canadienses relacionados con la distribución de los ingresos tributarios entre el Gobierno federal y los provinciales. Por su parte, la Inglaterra de Gaitskell aún se encontraba devastada por los bombardeos de la segunda guerra mundial; todo estaba racionado, desde el azúcar hasta la ropa, la libra esterlina era un artículo risible en los mercados monetarios del mundo, y el gobierno laborista era ampliamente considerado un gigantesco fracaso. Cuando Gaitskell arribó a Ottawa, Abbot le describió los penosos problemas del sistema federal canadiense y luego preguntó: '¿Qué haría usted si tuviera mis problemas?' Gaitskell lo miró un instante y contestó: 'Bueno, lo primero que haría sería arrodillarme y dar gracias a Dios'.¹⁵

Es posible que así sea, pero —ya se sabe— la felicidad completa no existe. □

Jesús Miguel López

13. *Canadian Outlook*, The Conference Board of Canada, primavera de 1991.

14. "New Framework Proposed for Canada", en *The New York Times*, 25 de septiembre de 1991.

15. Robert Fulford, "Canadá, ¿la gran paradoja del Norte?", en *Américas*, vol. 42, núm. 1, 1990, p. 6.